



Círculo Rojo

Reflexiones detrás del silencio.
¿Te imaginas, Amanda...?

Reflexiones detrás del silencio. ¿Te imaginas, Amanda...?



MATEO MAYOL NICOLAU



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: octubre 2017

Depósito legal: AL 1903-2017

ISBN: 978-84-9175-723-8

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Mateo Mayol Nicolau

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografía de cubierta: Adela Mayol Gayá

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida por algún medio, sin el permiso expreso de sus autores. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o las opiniones que el autor manifieste en ella.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.

ÍNDICE

1 – REENCUENTRO	11
2 – LOS DOCE APÓSTOLES	16
3 – CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE ALBERT CAMUS	20
4 – LOS <i>POST-IT</i>	26
5 – LA LÁMPARA DE ALADINO	30
6 – ESQUIZOFRENIA	37
7 – ÉRANSE UNA VEZ <i>DUES PORCELLETES</i>	42
8 – LA ÚLTIMA GENERACIÓN MACHISTA	47
9 – EN MEMORIA DEL MAESTRO	52
10 – DIOS HA MUERTO	61
11 – BARRITAS DE REGALIZ	67
12 – NOSTALGIA	72
13 – EL PÁJARO CANTA HASTA MORIR	78
14 – EXISTENCIALISMO	82
15 – CARTA A LOS REYES MAGOS	89
16 – SE HACE CAMINO AL ANDAR	94
17 – LA INOCENCIA Y LA IGNORANCIA	101

18 – <i>CARPE DIEM</i>	106
19 – LA INCERTIDUMBRE	110
20 – EL CIRCO	114
21– <i>LA FORZA DEL DESTINO</i>	119
22 – EL ATEÍSMO LIBERTINO	123
23 – <i>MALLORQUINS I CATALANS</i>	128
24 – LA DUDA	132
25 – SOLSTICIO DE VERANO	137
26— LA ASERTIVIDAD	141
27 – EL CAMALEÓN SE ALIMENTA DE INSECTOS	146
28 – RECUERDOS	151
29 – UNA HISTORIA DE LIBERTAD INTERIOR	155
30 – LA ESTUPIDEZ HUMANA	160

PRÓLOGO DE UNA HIJA

No puedo evitar sonreír cada vez que recuerdo cuando mi padre me daba clases de matemáticas antes de los exámenes.

Cuando ya llevábamos más de una hora, sentados en la mesa de la cocina, ya cansada (ahora entiendo que él lo estaba mucho más que yo), refunfuñando, le preguntaba:

—Papá, ¿de qué me va a servir una ecuación de tercer grado en la vida?

A lo cual él, pacientemente, siempre me respondía:

—Las matemáticas son muy importantes, te enseñan a encontrar la solución a un problema, y aún más, que la mayoría de problemas se pueden resolver de varias maneras.

Mateo Mayol, gran hombre de familia con fuertes valores morales que ha entregado todas sus energías al desarrollo tanto personal como laboral de sus hijos.

Tras abandonar los estudios de ingeniero de caminos, dedicó su vida laboral a la banca; después de jubilarse, decide cambiar los números por las letras, sorprendiéndonos con esta serie de relatos, los cuales finalizan con los originalísimos e inquietantes «Te imaginas, Amanda...» envueltos en un halo de *jazz*.

Esta recopilación de anécdotas y reflexiones surgen a raíz de los encuentros con sus compañeros del colegio La Salle

(llevaban la mayoría 45 años sin verse), tras los cuales enviaba un *e-mail* con los textos que dan forma a este manuscrito.

Volved a disfrutar de ellos los que ya los habéis leído y a los que no lo habéis hecho, os envidio, pues estáis a punto de descubrir estas *Reflexiones detrás del silencio*.

Gracias, papá.

Agradecer a mi hija Adela su colaboración, sin la cual el resultado final no hubiera sido el mismo.

*Dedicado a mis amigos del colegio La Salle, promoción 1962-63,
gracias a ellos han salido la mayoría de las reflexiones.*

1 – REENCUENTRO

Toda una vida ha transcurrido desde que nos conocimos en el colegio hasta que nos hemos vuelto a conocer. Cuarenta años que, sin poder evitarlo, se reflejan en nuestra madurez tanto física como de personalidad. *¡Tempus fugit!*, queridos amigos.

La mayoría de nosotros, que durante este período apenas nos hemos visto, resultamos irreconocibles, en cambio, entre los habituales, habíamos seguido paso a paso el acontecer de la senectud.

El grado de aceptación de los unos respecto a los otros era la gran incógnita.

Cuando éramos jóvenes no creíamos que pudiéramos llegar a lo que somos ahora. No es que seamos mejores o peores, sencillamente somos diferentes. Nuestras opiniones han ido cambiando y nuestra manera de ver la vida también. ¡Qué duda cabe!

Para ponernos al día en todo lo vivido y aprendido a lo largo de todos estos años no queda más remedio que poner en marcha la maquinaria de la memoria, una memoria subjetiva e imperfecta, pero necesaria para no vivir en un presente perpetuo, una memoria que se ocupa de integrar todas las experiencias en nuestro presente a modo de aprendizaje. La pregunta que flotaba en el aire era el tiempo que tardaríamos en coger confianza.

A lo largo de nuestra vida hemos ido conociendo distintas clases de amor. El amor a nuestros padres, luego vino el amor fraternal, nos enseñaron el amor a Dios, aprendimos el amor platónico y luego pasamos inexcusablemente al amor erótico. ¿Por qué es tan complicado amar? ¿Acaso no existe el amor en paz? Pues no, siempre va acompañado de alegrías y tristezas intensas.

Hubo un momento en nuestras vidas, que quizás no tengáis el placer de recordar, ya que la memoria es caprichosa y en ocasiones nos priva de su presencia, en el que alguien intentó explicarnos un tipo de amor desconocido para todos nosotros.

Era una tarde fría de invierno, estábamos todos en clase, cada uno con su babero a rayas, y con el pelo impregnado de brillantina untado por nuestras queridas mamás. En el pupitre en el cual estábamos sentados había más inscripciones que en una cripta egipcia.

Contemplábamos al hermano que presidía el estrado —el estar sentado le resultaba algo complicado debido a su enorme barriga cervecera: era la insigne figura de una virgen preñada—, dispuesto a impartirnos una clase lúcida sobre el amor.

Comienza la clase:

«Os voy a poner un ejemplo de amor verdadero —dijo con un fanatismo cuasi religioso impregnado de una exuberante energía y pasión. El relato sigue—: Un matrimonio en el que la mujer, ama de casa, daba de comer a diario a su marido macarrones, comida que por otra parte él detestaba, sin embargo, con un amor abnegado y profundo nunca emitió la más mínima queja, ni siquiera un semblante de desaprobación».

«¡He aquí un ejemplo de amor digno de envidia!», añadió. Su entusiasmo no hizo mella en nosotros. Nos fuimos a casa en silencio y con un signo de interrogación que nos impidió realizar cualquier tipo de comentario entre nosotros. ¿Cómo podía convencernos de algo en lo que él no creía? Su gran ignorancia consistía en no querer reconocer ante nosotros lo que sabía.

Me invadió la curiosidad y empecé a consultar enciclopedias en castellano, catalán y alguna que otra en francés, y no pude encontrar en ninguna de ellas este nuevo tipo de amor.

Una tarde, años después, paseando solo por el Carrer dels Oms, me di cuenta por casualidad de que todavía existía la antigua Librería Ripoll con un cartel que rotulaba LIBROS USADOS Y VIEJOS. Con la intención de que el tiempo pasara, entré, y en uno de sus lúgubres estantes vi dos libros que juntos conformaban una enciclopedia. En el lomo pude leer: *Enciclopedia para gilipollas*.

Lo más normal es que si queremos encontrar una cosa empecemos por buscarla. Me puse en acción. En el tomo segundo busqué «tipos de amor», ¡sorpresa!, allí estaba, como

único tipo de amor, lo que me había mantenido durante 50 años apartado de la sabiduría popular. Hurgué en mis bolsillos en busca de papel para anotar la definición tan anhelada. En una hendidura pequeña, dentro del bolsillo derecho de la americana, encontré una factura antigua de un supermercado. El bolígrafo estaba en su lugar. Copié la definición en el dorso del papel, porque el olvido, con el paso del tiempo, y a nuestra edad, va ganando inexorablemente terreno a la memoria.

Amor de gilipollas: persona, que aborreciendo los macarrones, los come cada día, ¡eso sí!, cocinados por su amor.

¿Existe algo más romántico? De repente me dio un ataque de risa; al que le sucedió un ataque de pánico, recordando que mi admirado y legendario saxofonista de *jazz*, Charlie Parker, más conocido como Bird, murió de un ataque de risa.

Una vez alcanzado de nuevo el estado de equilibrio, la curiosidad me llevó a aumentar mis conocimientos. Miré la primera página de la enciclopedia: fecha de la edición, 1947. Me llamó la atención ver esta fecha, la mayoría de nosotros habíamos nacido este año. Editorial Bruño. Si no recuerdo mal, era la antigua editorial de los Hermanos de La Salle. Todo iba encajando. Había conseguido descifrar la mayor incógnita sobre el amor eterno.

—¿TE IMAGINAS, AMANDA..., que tú y yo, perdidos en el tiempo, nos reencontráramos al cabo de 40 años?

—No. ¿A qué tiempo te referes?

—Al cronológico. Entonces tú, quizás, tendrías hijos de otro hombre; y yo, quizás, tendría hijos de otra mujer.

—No. ¿Podemos vivir el pasado?

—Solo podemos vivir el presente. ¿Qué prefieres, la memoria o el olvido?

—Depende. Prefiero olvidar todo lo que me acabas de decir y recordar todos los buenos momentos que tú y yo hemos compartido.

—¿Te acuerdas del primer beso que te di?

—Sí. También me acuerdo del último.

—Y dime, ¿qué diferencia hay del primero al último?

—El tiempo.

Detrás del silencio se escuchaba la trompeta virtuosa de Louis Armstrong interpretando *La vie en rose*.

2 – LOS DOCE APÓSTOLES

En la última comida en casa de nuestro amigo el escultor, más parecida a una especie de museo de arte africano, alguien al final de la misma insinuó que se asemejaba a la última cena.

Ese alguien, de cuyo nombre no puedo acordarme, ya sea por culpa de la ¡maldita senectud! o por el ¡bendito vino!, añadió: «Falta Jesús».

El cuadro de la última cena, de Leonardo da Vinci, refleja a un Jesús ocupando el centro de la escena, con sus discípulos posicionados en un lateral de la mesa, por supuesto, para salir todos en la foto.

Podemos ver a seis de ellos mariposeando a su derecha y a otros seis mariposeando a su izquierda. Si nos fijamos, los apóstoles están agrupados de tres en tres, representando a la Santísima Trinidad o a los Hermanos Marx. Tengo mis dudas...

Si observamos con mayor detalle, la figura de Juan, a la derecha de Jesús, tiene rasgos claramente femeninos, ¿se tra-